

X Discurso del señor doctor Alfredo Poviña, Presidente de la Asociación Latino Americana de Sociología

Entre sonrisas y lágrimas se han escrito estas líneas, que llegan así a vosotros, con la incoherencia de las lágrimas y el temblor de las sonrisas. Se han escrito en el momento en que mi patria, la Argentina, empieza una nueva vida, en mi Córdoba la docta, hoy llamada propiamente la heroica, porque ha sido además del "centro geográfico y político" de mi país, el centro revolucionario, de donde ha surgido el primer grito de rebeldía, el 16 de Septiembre pasado, para que Argentina pueda hacer oír, con voz sincera, de hace muchos años maltrecha, nuestra estrofa del Himno: Libertad, libertad, libertad!

Sabemos la alborozada impresión que en toda América ha producido la epopeya gloriosa que recupera a nuestra patria, que vuelve por la senda que siguen sus hermanas de América, porque nuestro Continente fué siempre tierra de paz y de trabajo, de libertad y de democracia.

Por eso mi primera palabra en este Congreso necesita ser la expresión de nuestro actual estado de espíritu, la que, a pesar de las lágrimas y a pesar de las sonrisas, será sincera y objetiva, porque no se trata de enjuiciar a nadie, pasado ni presente, sino de hacer oír a vosotros una voz argentina, seguramente la primera, después de tan trascendental acontecimiento. Llego hasta vosotros con un mensaje de libertad y de optimismo, ofreciendo nuestro sacrificio, esculpido a sangre y fuego en la página de oro del 16 de septiembre, a nuestras hermanas americanas y a esta tierra gloriosa del Ecuador que sabe de nobleza de alma y de virtudes heroicas, en este luminoso Día de la Raza.

Es extraordinaria la significación que tiene nuestra presencia en este Congreso, no por cierto por lo que somos privadamente, sino porque la Argentina, nuestra patria y vuestra hermana, "Rotas las ca-

denas" a que alude nuestro himno, se une en un abrazo fraterno en esta fecha gloriosa del 12 de Octubre, que se ha elegido tan sabiamente para la inauguración del Congreso.

Señores no temáis que os hable en un tono de vehemencia y de compromiso. No. Mi mensaje es de paz, y de amor, que quiere olvidar el pasado, que no admite vencidos ni vencedores, como dice noblemente una proclama revolucionaria y que sirve de principio en la tarea organizadora. Tampoco puedo olvidar en momento alguno, y menos en esta ocasión, mi calidad de sociólogo con que me presento ante vosotros, asimismo "personas de oficio", eminentes y doctas, y aunque no ignoramos la influencia de la ecuación personal y las pascalianas razones del corazón, deseo ardientemente que mis palabras sirvan para hacer conocer la primera impresión sociológica de la revolución de la libertad argentina.

Lejos de mi ánimo, por cierto, por estar fuera de oportunidad, y de lugar, relatar siquiera cómo se cumplió la crisis, el estallido revolucionario, el segundo momento sociológico del proceso, el trágico, el decisivo, el que sólo conocía en doctrina en mi tesis doctoral sobre "Sociología de la revolución", y que hoy he presenciado y he vivido a través de los acontecimientos. Unicamente quiero hacer una alusión muy general, sin detalles y sin concretos que arrastran a la realidad, dura y áspera, con olor a sangre y con sabor de lágrimas.

Argentina ha cumplido una nueva etapa en su devenir histórico, una superación de un pasado reciente, que la Historia juzgará en el Tribunal inexorable del tiempo, frío, sin pasiones, donde deberán comparecer los hombres unidos a un destino que han forjado, y que de su balance doloroso e inauténtico surgirá la nueva vida. La nueva vida que traerá el pleno reconocimiento de la persona humana, la dignidad ciudadana, la supresión de una lucha que había perdido su carácter político para penetrar en profundidad en todos los estratos sociales, separando a los argentinos en cuerpo y en espíritu. Será preciso ahora volver a la realidad, aprender la lección que da la vida, la historia y los demás pueblos. No olvidar que el individuo no es un medio, que el Estado no es todo, que existe la persona humana, que su bien supremo es la libertad y que lo demás viene por añadidura, y que la democracia, por fin, es la figura social y política más perfecta para el gobierno de la humanidad.

Otra observación sociológica consiste en recordar la participación del ser humano en el acaecer social, al vivir la revolución en todo instante y a cada momento, haciendo la historia "con nuestro cuerpo, con nuestras almas, con nuestro destino", como dice Freyer, como padre, como esposas, como hijos. Y ver a esa juventud dorada cordobesa, con el máuser al hombro, como "el más fiero de los ven-

cedores", luchando en las calles, el ojo avizor, velando el silencio de la noche, siempre a la espera de la caricia inesperada de la muerte, y repetir como el poeta: "Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa".

Es la juventud de mi patria —como todas las juventudes americanas— la juventud de nuestra Córdoba que se ha jugado la vida en todos los momentos, la que, como expresaba una proclama revolucionaria, repetía, "no nos interesa la vida sin honra", y en el fragor de la "batalla de Córdoba", así denominada en un patético ultimátum de las fuerzas gobiernistas, llevaban como escudo la insignia de "Cristo vence" y como distintivo la palabra "Libertad". Surcaban el espacio las alas de acero y ponía en el aire la emisora revolucionaria cordobesa, zozobra y esperanza, valor y decisión y a todos los corazones llegaba esa "Voz de la Libertad".

Por eso nunca fué más oportuno el recuerdo de la estrofa que resonaba en nuestros pechos: "Escuchad, cómo cielo y tierra se unen en un cántico infinito; todo vibra en este grito: "Libertad". Y la noche se hizo día, las tinieblas luz, y las alas de la Victoria —singular coincidencia con las de Samotracia que nos simbolizan— se extendieron radiantes sobre el cielo azul, el día de la primavera, siguiendo a la vida, después del invierno, la flor de la libertad, y así decir a la patria, con José Mármol, el poeta argentino de las epopeyas, que ahí le queda, "esa generación joven y pura, que en medio a tus desgracias amanece, como el sol que aparece, tras la tormenta de la noche oscura".

Y a esa juventud, permitidme este recuerdo personal, pertenecen mis dos hijos, que tuvieron su puesto de honor en el frente mismo del combate, en la lucha constante, en el patrullaje día y noche de las atemorizadas calles cordobesas, con la frente bien alta, los ojos serenos y claros, forjando el porvenir, luchando por la dignidad ciudadana, y volver al cabo al hogar, a nuestra casa, para recibirlos con los brazos abiertos, dando gracias a Dios por su protección y por su milagro, recitando entre sonrisas y lágrimas, al unísono de toda la población, los versos triunfales de Rubén Darío: Ya viene el cortejo, ya viene el cortejo, ya viene oro y hierro el cortejo de los paladines!

Señores:

En Argentina se han serenado los espíritus, hay un clima de libertad, no hay vencidos ni vencedores; y así he podido llegar entre vosotros, ya como Presidente de A.L.A.S., para asistir al presente Congreso y decir a ustedes, con la sinceridad de las palabras simples:

En nombre de los señores Delegados extranjeros, de los miem-

bro de la Asociación Latino Americana de Sociología de todo el Continente y del Comité Ejecutivo de la misma, presento nuestra cordial y admirada salutación a las autoridades ecuatorianas, al señor Rector de la Universidad, a la Comisión Organizadora del Congreso y a sus colaboradores, haciendo votos por el éxito de nuestras deliberaciones, en nombre de A.L.A.S. y asimismo, personalmente, de este argentino, por intermedio de estas palabras, escritas entre sonrisas y lágrimas.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL